

Movimientos sociales y gestión de programas sociales. Representaciones acerca del clientelismo y el rol del Estado en las organizaciones insertas en el kirchnerismo.

Mauricio Schuttenberg (CONICET, CIMECS, UNLP)

Introducción

Durante la década de los 90 las políticas sociales, en el marco de la reforma del Estado, se caracterizaron por su focalización hacia los sectores más pobres y su descentralización hacia los municipios. El resultado en general, según diversos analistas, fue la superposición entre los distintos niveles de gestión y el desarrollo de prácticas clientelares. Además en la implementación de las políticas el Estado promueve un espacio de acción amplio a organizaciones de la sociedad civil y a los movimientos sociales, especialmente en ámbitos de pobreza en lo que se refiere a la asignación, ejecución y control de las políticas sociales.

Esta ponencia propone una reflexión en torno a las representaciones y percepciones que los movimientos sociales insertos en el gobierno construyen del Estado, los programas sociales y el clientelismo. Los objetivos de este trabajo son desarrollados en el marco del proyecto *Distintas perspectivas para el análisis de la pobreza y las políticas sociales*”, radicado en el Departamento de Sociología y CIMeCS (Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales) de la UNLP y forman parte de mi trabajo de tesis titulado *Identidades y subjetividades nacional populares. Estudio de los movimientos sociales insertos en el kirchnerismo 2003-2008*¹.

Para la realización de esta ponencia se utilizó un diseño cualitativo basado a partir de entrevistas en profundidad a integrantes del Movimiento Evita y Movimiento Libres del Sur en barrios del Gran La Plata; observación de reuniones y actos políticos de estos movimientos y al análisis de documentos (revistas, notas periodísticas, discursos en páginas web de los movimientos)

Las políticas sociales de los '90

¹ Esta ponencia es un recorte del tema general de tesis doctorado en Ciencias Sociales de FLACSO.

Cardarelli y Rosenfeld (1998) señalan que “los años 90 encuentra a los países de América Latina desplegando una política social compensatoria, subordinada a las demandas de la modernización económica y, en particular del equilibrio fiscal. Descentralización, focalización y privatización como transferencia de responsabilidades a la sociedad civil aparecen como los nuevos paradigmas atados a fuertes condicionamientos de los organismos internacionales que proveen el financiamiento”. (pág. 71).

Estas exigencias de la política económica neoliberal implicaron la redefinición del papel del Estado. En nuestro país esta redefinición implicó que el Estado pierde el rol central como ejecutor de la política social y el mercado aparece como mecanismo predominante como asignador de recursos y servicios a partir del proceso de privatizaciones. Otro eje de los programas de ajuste estructural se basó en la descentralización, a través de la transferencia a la provincia de servicios de salud y educación, con un fuerte sesgo economicista de ajuste fiscal. En las provincias estos procesos se desarrollaron junto a la exigencia de reducir el gasto. Este traspaso también ocasionó nuevas responsabilidades a los municipios que tradicionalmente se ocupaban de brindar servicios básicos como alumbrado, recolección de basura; de regular el uso y la producción del suelo urbano; de construir infraestructura, etc. De este modo, las políticas de descentralización, en un marco de crecimiento de las problemáticas sociales obligaron a los municipios a incorporar en sus agendas de gobierno políticas referidas al bienestar de la población mediante programas sociales, de empleo, de salud, de inversión y promoción económica, del mejoramiento de la calidad ambiental (Tecco, 1997; Arroyo 2001).

En el plano de las políticas sociales la reforma implicó un deterioro de un sistema de prestaciones universales, reemplazado por políticas focalizadas dirigidas a los sectores pobres estructurales. Además en la implementación de las políticas se le otorgó un grado de participación a las organizaciones sociales. Cardarelli y Rosenfeld (1998) señalan que bajo el paradigma casi incuestionado de la “autogestión”, se privilegia la idea de que los grupos en desventaja, solos o con el apoyo de organizaciones privadas y/o públicas, son capaces de generar recursos físicos, económicos y organizacionales. En este punto también el Estado se corre de su lugar de prestador dejando un espacio amplio a organizaciones de la sociedad civil.

Algunos autores, como Ruiz (2004) señalan que en esos años se desarrollaron programas destinados a “gestionar” la pobreza, no a erradicarla. El tema de la participación se tradujo en una progresiva privatización del riesgo social, trasladando la responsabilidad de la reproducción social de los pobres a instituciones de la sociedad civil. “Esas políticas y

programas apelan a las solidaridades primarias como estrategia útil para las poblaciones excluidas de la dinámica del mercado de trabajo y de bienes, fortaleciendo redes de solidaridad horizontal entre los pobres y presentándolas como formas de aumentar su capital social” (Ruiz, 2004:153).

En esta misma línea, Cardarelli y Rosenfeld (1998) señalan que en el escenario estatal del ajuste, parecería que la pobreza y participación de los pobres en proyectos conforman una política residual. Para los pobres, la participación puertas adentro de sus comunidades. En este contexto, la participación desde la orientación y las prácticas propuestas por los programas sociales sigue siendo reducida dentro de ámbitos territoriales micro, acotando los temas problemas de los pobres y las ofertas vigentes. Paralelamente intentan escindir en estas poblaciones la esfera de la satisfacción de sus necesidades puntuales del campo político de la reivindicación de los derechos.

El paradigma de la descentralización y de la participación supone la incorporación de nuevos sectores y actores sociales en la esfera de las políticas públicas y junto a las consignas de focalización (que restringen la asistencia social del Estado) aparecen un número de organizaciones de base territorial gestionando planes.

Merklen (2005) señala la fuerza que cobra lo territorial en este contexto donde “los perdedores” se refugian en la escala local y reconstruyen su sociabilidad en ese espacio. Es en el marco local que las clases populares organizan tanto su participación política como sus lazos de solidaridad.

En ese marco, el autor destaca que la situación se estabilizó bajo la forma de una nueva cuestión social alrededor del empobrecimiento, de la precarización de las relaciones laborales y del desempleo masivo. Así las luchas populares se dirigieron a la adquisición de prestaciones sociales ligadas a la asistencia. Las políticas sociales se volvieron vitales y se constituyeron en el objeto privilegiado de las movilizaciones.

Esta trama social se estructura a nivel local, y configura lo que proponemos llamar “la inscripción territorial” de las clases populares. Desde comienzos de los años ochenta, y en especial a partir de los noventa, se desarrollaron episodios de cooperación, movilización y protesta colectivas que encontraban su centro organizativo en el barrio. Esta figura de lo local se convirtió progresivamente en el principal componente de la inscripción social de una masa creciente de individuos y de familias que no pueden definir su status social ni organizar la reproducción de su vida cotidiana exclusivamente a partir de los frutos del trabajo. El proceso de “desafiliación” que alcanzó a esta parte importante de las clases populares compuesta

mayoritariamente por hogares jóvenes encuentra un sustituto de reafiliación en la inscripción territorial.

Las familias logran redondear sus ingresos en el barrio. Sobre esta base, participan en la vida política a través de organizaciones barriales que se muestran cada vez más eficaces para obtener beneficios de las nuevas políticas sociales.

Por otra parte, muchos analistas entienden la participación en políticas sociales como una vía de enormes potencialidades hacia la democratización y el mejoramiento de la sociedad a partir del control del clientelismo (Ruíz, 2004; Cunill Grau, 1991). De esta forma, el clientelismo es observado como un factor negativo que obstaculizaría la participación “real” de la comunidad.

Numerosos trabajos hacen referencia al clientelismo como una realidad independiente de los contextos culturales, circunscripta a fenómenos electorales y, fundamentalmente, como la simple negación de la ciudadanía, desatendiendo de alguna manera los procesos de sedimentación de la historia en las vidas y prácticas de los sujetos. (Semán, 2006)

La visión tradicional o la teoría “folk” (Noel, 2006) del clientelismo considera una relación tradicional patrón-cliente y las representaciones en torno a las “lealtades primordiales” que están en la base de esta relación personalizada y asimétrica de contraprestaciones. En esta concepción las prácticas políticas en los sectores populares denominadas como clientelares visualizan una simple relación de manipulación cínica en la cual los ciudadanos de barrios populares resignarían sus derechos políticos o electorales a instancias de un puntero que los ejerce por ellos y que los recompensa por su delegación forzada.

En esta línea, Soprano (2003) afirma que el clientelismo ha permanecido indisolublemente adherido a un discurso moralizante que lo presupone una práctica pre-moderna, ajena al ideal moderno de la política. Sin embargo, el clientelismo que siempre fue visto como la antítesis de la modernidad política, demostró no ser una institución o forma residual, sino una forma de socialización o de relación social entre personas en determinados contextos. Es por ello que proponemos el análisis de estas relaciones en el marco de los barrios carenciados “asistidos” por el Estado.

Una visión más amplia plantea que es necesario insistir sobre el hecho de que las movilizaciones encuentran su marco de orientación en el contexto más amplio de las estrategias de supervivencia, como un elemento más en la serie heterogénea e inestable de herramientas utilizadas por una familia. Este aspecto es importante puesto que permite aprehender mejor la tensión en la que se encuentra la acción colectiva, en el marco de una

articulación entre los términos de “urgencia” y de “proyecto”. Se escapa así a la alternativa errónea en la que se tiende a emplazar la relación de las clases populares con lo político: ciudadanía versus clientelismo. (Merklen, 2005: 65)

Crisis de 2001 y la reconfiguración política posterior

La crisis de 2001 aparece como un punto de inflexión en la historia contemporánea argentina que condensa un período previo de agregación de formas de expresión política cuestionadoras del sistema político, fundamentalmente a partir de mediados de los años 90. De esta forma, a partir de ese momento podemos identificar tres etapas diferenciadas en el proceso político. En primer término la aparición de nuevas formas de protesta que en escalada van erosionando progresivamente el sistema político; el quiebre del 2001 y el convulsionado 2002 conformarían el segundo período; y la tercera etapa, objeto del estudio, que estaría definida por el establecimiento de un nuevo equilibrio especialmente a partir de las elecciones presidenciales de 2003.

En la misma línea, Masetti (2006) afirma que el período abierto en 2003 marca la disminución de acciones de protesta con la asunción del gobierno de Kirchner y la implementación de su trama transversal que incluye a algunos movimientos piqueteros en sus filas.

Esta última etapa produce un cambio del escenario político que genera una importante modificación en el modo de vinculación entre Estado y organizaciones de desocupados. La estrategia que desarrolla el gobierno de Kirchner es incorporar a su proyecto político a algunas agrupaciones piqueteras y debilitar la protesta y las posibilidades de construcción política de las restantes a través de la limitación del acceso a planes sociales.

De este modo, con la llegada de Kirchner a la presidencia, la correlación de fuerzas se reconfigura. Aparecen tensiones entre las distintas organizaciones en torno al nuevo gobierno y se producen fisuras que dan lugar a nuevas agrupaciones.

El proceso abierto en 2003 y la dinámica política de las organizaciones sociales que se insertan en el kirchnerismo ha sido abordado desde lo que denomino la hipótesis de “la cooptación”. Esta tiene dos formas: la primera más extrema habla de cooptación “lisa y llanamente” y una segunda que tiene como base el mismo supuesto pero no es tan tajante en su formulación. En ella se habla de cómo el Estado determina la acción colectiva a partir del manejo de los programas y subsidios estatales. Ambas comparten la limitación de ver un actor pasivo en los movimientos sociales insertos en el kirchnerismo. De esta forma o fueron

cooptados o fueron manipulados e inducidos por el Estado. Además de la pasividad que supone este enfoque también basado en una mirada “desde arriba” del proceso político, no permite analizar las tensiones que implica el involucramiento de los movimientos en la gestión estatal.

En estas perspectivas el Estado se valdría de un conjunto de organizaciones para reemplazar la anterior red clientelar. Si nos acercamos a las percepciones de los sujetos podemos preguntarnos ¿cómo aparece la noción de clientelismo en los discursos de los actores? ¿Cómo es interpretado este fenómeno? Los movimientos sociales que analizamos plantearon desde sus inicios unas prácticas políticas cuestionadoras del orden neoliberal que, en sus interpretaciones, llevaba consigo la implementación de redes clientelares en las zonas más vulnerables. No obstante, interesa adentrarnos en la tensión que implica esta concepción del clientelismo y las prácticas que los movimientos realizan en los barrios. Allí aparece la cuestión de la necesidad de respuesta a lo inmediato como elemento que diluye de alguna manera la frontera del clientelismo como práctica cuestionada. De esta forma, se intentará abordar esta problemática a partir de un rastreo de los sentidos que los militantes de los movimientos le atribuyen al clientelismo y ver luego cómo aparece esa tensión en los propios actores.

Las representaciones sociales

A la hora de encarar la reflexión el concepto de representaciones sociales puede ayudarnos puesto que como Sirvent (1999) afirma tanto el sistema de necesidades como el conjunto de representaciones sociales compartidas por un grupo social son componentes de la cultura de dicho grupo y reflejan la internalización de un sistema de valores, normas, creencias, etc.

La autora entiende por representaciones sociales “el conjunto de conceptos, percepciones, significados y actitudes que los individuos de un grupo comparten en relación a ellos mismos y a los fenómenos del mundo circundante”. (Sirvent, 1999: 120)

Podríamos afirmar que las representaciones sociales son fenómenos culturales que condicionan el reconocimiento colectivo de necesidades, la selección de satisfactores y las prácticas culturales de la vida diaria de un grupo social. Una representación social es una construcción en torno a determinados aspectos del mundo circundante que estructura una amplia gama de percepciones, prácticas, creencias y actitudes vigentes en un sistema social determinado. Como sostiene Jodelet (1989) las representaciones sociales se relaciona con el

modo en que los sujetos sociales aprehenden los acontecimientos de la vida cotidiana. En este proceso intervienen las experiencias, las informaciones, conocimientos y modos de pensamiento que circulan a través de la tradición, la educación y la comunicación social. Por ello, es un conocimiento socialmente elaborado y compartido, a través del cual se pueden comprender y explicar los acontecimientos de la vida cotidiana.

Asimismo, acordamos con De Souza Minayo (1999) en que las representaciones sociales son una categoría de análisis válida para comprender la conducta de las personas a través del análisis de sus expresiones. De este modo, las mismas son las versiones de la realidad que expresan los actores sociales, a través de los que éstos se organizan y orientan sus comportamientos cotidianos. Para Laplacette y Sotelo (2000) “esto se expresa a través del lenguaje, lo que permite analizar el discurso de los distintos actores sociales encuadrándolo en su contexto histórico social y comprender el significado de su comportamiento”. (p: 154) Por ello se plantea en este trabajo analizar el discurso de los militantes en las entrevistas y en los documentos para relevar las concepciones que tienen acerca del clientelismo y el Estado.

Este concepto al estar vinculado a los intereses de los distintos grupos sociales refleja a su vez componentes de resistencia y transformación en la forma de concebir la realidad. En este sentido, la visión del mundo de los diferentes sectores sociales expresan no sólo los acuerdos que hay en una sociedad sino las contradicciones y conflictos presentes en las condiciones en que fueron engendradas. En este sentido, consideramos que el clientelismo es una de las prácticas políticas complejas que implican relaciones asimétricas de poder, pero también es una práctica social amplia que los actores resignifican en determinados contextos. Por ello, el interés de relevar las representaciones que los militantes construyen acerca del clientelismo.

En este sentido, podemos relacionar el concepto de representación social con el de habitus, puesto que para Bourdieu (1985) el habitus permite articular lo individual y lo social, las estructuras sociales internas y externas, y comprender que tanto éstas como aquéllas, lejos de ser extrañas por naturaleza y de excluirse recíprocamente son, al contrario, dos estados de la misma realidad, de la misma historia colectiva que se deposita y se inscribe a la vez e indisociablemente en los cuerpos y en las cosas.

Bourdieu (1985) define el habitus como los sistemas de disposiciones durables y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda

conciente de fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente regladas y regulares sin ser nada el producto de la obediencia a reglas.

Acerca de los movimientos: un breve recorrido por sus orígenes

El movimiento Evita surge en 2005 de la confluencia de diversos sectores que plantean la necesidad de articular un movimiento social amplio que aglutine a distintos movimientos y militantes que interpretaban que la etapa abierta en 2003, con la llegada de Kirchner al gobierno, marcaba el cierre del neoliberalismo y la apertura hacia nuevos horizontes políticos y económicos.

A grandes rasgos dentro de esta confluencia de organizaciones y movimientos que formarán el movimiento Evita se encontraban el Movimiento de Trabajadores Desocupados Evita, el MTD Resistir y Vencer, las 4 P (Pan y Poder para el Pueblo), una escisión de MPRQ (Movimiento Patriótico Revolucionario Quebracho), el MP 20 (Movimiento Patriótico 20 de Diciembre), la organización estudiantil 20 de Febrero (fecha que hace alusión a la lucha de resistencia a la implementación de la ley de Educación durante febrero de 1996), Peronismo que Resiste, y sectores del Partido Justicialista.

A finales de 2001 se forma las 4 P (Pan y Poder Para el Pueblo) que termina formando, en el caso de la ciudad de La Plata, el MTD Evita que planteaba la organización de los desocupados a partir de un vínculo con una organización que reivindique la tradición peronista.

El MTD Evita surge en el contexto de resistencia al modelo neoliberal “recuperando la identidad nacional y popular que no estaba representada. No había organización que retomara las banderas del nacionalismo revolucionario y la identidad de Evita”.

Esta organización ligada a la representación de los desocupados y sustentada en el piquete como forma de reclamo ante el Estado confluyó en una organización de características más amplias que será luego el Movimiento Evita. Esta organización apuntó a nuclear un frente más amplio de sectores entre los cuales continúa el de Trabajadores Desocupados

En este cambio cualitativo que marca el paso de una organización de trabajadores desocupados a un movimiento con bases más amplias tiene que ver con la interpretación de los propios militantes de que la etapa de 2003 con la llegada de Kirchner a la presidencia inaugura un nuevo período que necesitará otra herramienta de acción política. Esto sumado a la dinámica del proceso económico que, por un lado, disminuía el desempleo y, por otro, reaparecían discusiones salariales y reivindicaciones ligadas al plano sindical. De esta forma

la idea de un movimiento que articule sólo a los desocupados se abandona en busca de horizontes más amplios.

El movimiento Libres del Sur se lanzó oficialmente el 27 de abril de 2006 en un acto en el Centro Costa Salguero de la Ciudad de Buenos Aires. El movimiento se conformó a partir de la fusión del Movimiento Barrios de Pie (brazo territorial de la Corriente Patria Libre), el Partido Comunista Congreso Extraordinario, la Agrupación Martín Fierro, el Frente Barrial 19 de Diciembre, la Agrupación Envar el Kadri y la Corriente Patria Libre.

Estas organizaciones se reconocen de izquierda aunque afirman no compartir la visión dogmática que en su lectura poseen los partidos de esa extracción. La fusión parte de la misma concepción que la que forma al movimiento Evita, es decir, la idea que la coyuntura del gobierno kirchnerista necesitaba la ampliación y apertura de las anteriores organizaciones de desocupados. La recuperación económica y la estabilización política, destacan sus militantes, marca la necesidad de confluir en un espacio mayor con posibilidades de diversificar la intervención hacia otros sectores sociales.

Las representaciones acerca del clientelismo y el Estado

Antes de desarrollar este apartado es necesario explicitar que ambas organizaciones tienen fuerte presencia en barrios a partir de brindar capacitación laboral y en oficios, la creación de políticas que financien el autoempleo, y la promoción de las cooperativas y mutuales para su participación en obras públicas y servicios, sobre todo en los barrios más necesitados.

Plantean la defensa de los Derechos Humanos y Recuperación de la Memoria y el trabajo en áreas de la Mujer y de la Juventud, jerarquizando las intervenciones institucionales que atiendan a los jóvenes, sobre todo a los excluidos, y crear políticas de estado que atiendan la problemática de este grupo de edad.

En el ámbito barrial desarrollan actividades sociales, como lo son las copas de leche y los comedores, las huertas, talleres de capacitación y apoyo escolar; actividades políticas como las asambleas y los talleres de formación política; y actividades económicas como los proyectos productivos. Asimismo, han organizado cooperativas de construcción.

En la concepción de las organizaciones el término clientelismo aparece como lo contrario a los objetivos que se plantean en los barrios. La búsqueda de la formación de una conciencia implica en la presente coyuntura la posibilidad de la utilización de los recursos del Estado para esos fines, pero separando esas prácticas de lo que entienden es el clientelismo.

No obstante, aparece también otra concepción del clientelismo más ligada a la propia historia de los barrios y de sus identidades políticas y no tanto como manipulación de redes clientelares.

Uno no es un iluminado, existe una organización en los territorios que no se da espontáneamente pero hay niveles organizativos que se van dando y aparte los barrios no es que se arranca de cero hay una historia política, social y de organización todo existe en los barrios y entendemos que hay que utilizarlo, hay que objetivarlo y direccionarlo políticamente pero es sobre algo concreto que se organiza la gente no es de bajar y decir bueno pensemos un esquema de organización y lo aplicamos no es ir ahí y tratar de organizar desde ese lugar, en general lo que suele pasar es eso que se generan ámbitos que a partir de esos laburos empiezan a recuperar la idea de lo público en el barrio, a recuperar la discusión política, segundo encontrar ámbitos que permiten ir gestionando esas necesidades e ir direccionándolas hacia los lugares del estado donde existe una política pública o se presiona para que se genere (Entrevista a militante del Movimiento Evita)

La forma de organización del trabajo territorial se estructura en gran medida a los cánones clásicos que habían adoptado los movimientos de desocupados. El gobierno de Kirchner es interpretado como una nueva etapa para las organizaciones populares pero la acción colectiva que desarrollan seguirá ligada a la dinámica de los programas sociales. A su vez la intervención en los territorios de las organizaciones tiene como objetivo romper con lo que interpretan provocó la pobreza extrema, es decir el aislamiento de los sujetos.

Nuestra idea es detectar las necesidades que haya en ese territorio y empezar a construir una conciencia con la gente del territorio que muestre salidas colectivas y no individual y además que implica la interpelación al Estado a partir de esos elementos más básicos se empieza a trabajar en cuáles son los recursos organizativos, monetarios que el movimiento puede poner en funcionamiento para esa organización, recursos me refiero a programas de Estado, centralmente a políticas públicas que tienen que ver con formación de promotores, de cooperativas, formación de comedores si bien es lo que menos sucede en el movimiento en función de que cada vez hay menos gente que no tiene para comer, pero centralmente ir al territorio y detectar las necesidades, crear las condiciones que permitan transformar la realidad. (Entrevista a militante del Movimiento Evita)

En el diagnóstico que realizan los militantes se plantea una tensión entre la idea de transformación y proyecto de largo plazo con las urgencias con las que se encuentran en los barrios. En ese marco, la gestión de necesidades en el contexto de necesidad extrema implica que la política sea esta cuestión de ayuda. De esta forma, aparece el dilema que muchos se plantean acerca de cuáles serían las diferencias entre este momento y el asistencialismo que cuestionan.

En ese marco, se destaca la necesidad de construir organización a partir de la utilización de elementos que en su concepción no tenían un fin de transformación social. Aquí entonces aparece la representación del clientelismo como elemento de la política “real”, como un recurso a utilizarse pero que debe resignificarse.

Está claro que cuando existía como principal herramienta de construcción los planes, el reparto de mercadería lo que nosotros veíamos es que eso era un recurso para la política que en sí mismo no es neutral que una misma cosa puede servir para construir una vanguardia. (Entrevista a militante del Evita)

En esta misma línea plantean la necesidad de utilizar las posibilidades que otorga el manejo de recursos, pero a diferencia de los usos clientelares, la finalidad debe estar clara y orientada a transformación.

Lo que sabemos es que es el punto político que se encuentra en esta etapa, no podemos hacer política con lo que nos gustaría que sucediera sino con lo que existe y es el punto de partida y sobre la base de eso decimos que si es mejor que esos recursos en tanto si nosotros manejamos esos recursos poderlos utilizarlos en la organización de experiencias que puedan trascender y en qué medida se lo trasciende a veces hay cosas que nosotros en verdad no hacemos y eso tiene que ver en que no depende solamente de nosotros sino de la posibilidad real que tengamos en la organización en ese momento, hay muchas dificultades en el territorio no es fácil pero en general lo que nosotros le damos es un sentido político, no es sólo una gestión de necesidades sino que nosotros cuando se utilizan planes o mercadería o recursos tiene que ver con la idea de que hay que terminar con los planes, nosotros utilizamos los planes para reclamar por trabajo con esa idea.....hay como un corte. (Entrevista a militante del Evita)

Si bien reconocen como válida la obtención de recursos a través de las redes clientelares, aunque eso provoca discusiones al interior de la organización que se ve

atravesada por la tensión de la lógica de corto plazo en la cual se los refiere como forma de conseguir recursos y los objetivos de largo plazo ligados a la cuestión política de formación de un sujeto colectivo crítico de las condiciones materiales de existencia.

Te dicen Castanegto te da todo, está bajando y bajando cosas y yo la otra vez me reía porque va con las heladeras, las chapas y vos les decís pero bueno nosotros nos tenemos que organizar y si está bien pero “yo quiero las chapas” y está bien que quieran las chapas y yo les digo: es nuestro eso es del pueblo hay que agarrarlo no estoy diciendo que no, que lo escondan. Había una militante del movimiento que ahora está con Castagneto y ella no se banca la tensión que, en parte es bueno, que en algún punto a mí me pone contenta que no se banque la tensión porque en algún punto está entendiendo que nosotros estamos pensando otra cosa y que está mal jugar con dos cosas que es contradictorio pero ella está tensa y sigue viniendo a las reuniones pero no se lo banca y está generando conflictos de discusiones. (entrevista a militante del Evita)

También aparece en los discursos una idea de clientelismo más lineal en el sentido de manipulación y corrupción. Esta noción asoma ligada a la distinción interna que plantean con respecto a lo que definen como la “política tradicional del PJ”. Allí entonces el clientelismo es una muestra de cómo los sectores reaccionarios construyen su poder.

Otros sentidos se articulan en esta lectura. Hay una distinción que se plantea en el plano de los intereses que las fuerzas dicen representar. La “batalla” se desarrolla en una transición hacia un nuevo sistema de representación política. En ese marco, se entiende, la antigua estructura del PJ conservará un anclaje fuerte en los sectores más carenciados del Gran Buenos Aires y en el interior a partir de la utilización de prácticas clientelares. El cuestionamiento hacia ese “enemigo interno” retoma la cuestión de la burocratización del Partido, en oposición a las banderas de renovación que traerían los movimientos.

Paralelamente debería el gobierno convocar a una mesa de dialogo a todas las organizaciones representativas de los sectores desocupados y humildes de la sociedad, para debatir con ellas la manera de llevar adelante este plan de transición de manera equitativa, sin corrupción ni clientelismo, tan extendido en los gobiernos provinciales y municipales, sobre todo manejados por el PJ. (En Marcha (Publicación de prensa de Patria Libre, organización que conformará luego Libres del Sur) N° 204)

En este marco, la noción de clientelismo aparece como una categoría de acusación política. De esta forma, asoma ligado a la “batalla” que desarrollaban en las internas provinciales de 2005. En esa etapa de transición hacia un nuevo sistema de representación política, se entiende, la antigua estructura del PJ conservaría un anclaje fuerte en los sectores más carenciados del Gran Buenos Aires y en el interior. El cuestionamiento hacia ese sector retoma la cuestión de la burocratización del Partido, en oposición a las banderas de renovación que traería el movimiento. El Partido Justicialista contendría un sector de los dirigentes “entreguistas” de los años 90 que la organización critica. Sin embargo, dicho cuestionamiento no se basa en los nombres o personajes, sino más bien en las prácticas políticas que ellos simbolizan, entre las cuales se subraya el clientelismo..

Yo como militante para mí el enemigo es la consolidación de un modelo de acumulación política que repite el mismo esquema. Viste que en un momento se habló de la batalla final, la madre de las batallas y yo creo que esa es poder plantar en algún momento una bandera sobre la vieja política. Creo que el peor enemigo es la propia desorganización que es un esquema que se repite en la historia. El gran enemigo es la política de gorro, bandera y bincha, que lamentablemente se instaló en los noventa. (Entrevista con militante de Libres del Sur)

El duhaldismo, expresión nítida de la vieja política, no aceptó finalmente la nueva correlación de fuerzas que surge de la realidad. No es una pelea cualquiera la que tenemos en la tierra bonaerense, ni siquiera se trata solo de vencer a un aparato político penetrado de clientelismo y corrupción. Es mucho más que eso: vamos a enfrentar allí, en esencia, otro proyecto de país, el que sostienen los grandes grupos económicos locales; distinto y en muchos sentidos contrapuesto al nuestro. (En Marcha N° 225, Panorama Político / El pacto existe)

Aquí podemos ver entonces que el clientelismo es visibilizado como lo contrario a la participación popular. Ahora bien, esa noción de clientelismo es referenciada para cuestionar el sector opositor del PJ. Cuando, en cambio, los militantes dirigen sus alocuciones a sectores de la oposición de izquierda la cuestión clientelar vuelve a tornarse problemática.

El argumento allí exige una justificación ante otros grupos que, entre otras, cosas los acusan de realizar prácticas clientelares. “Había que estar en los barrios” afirman en un contexto donde la pobreza seguía siendo elevada y sostener, desde la perspectiva de organizaciones definidas como “revolucionarias y combativas”, la necesidad de apoyar al gobierno de Kirchner.

Este posicionamiento de apoyo a la gestión presidencial, es uno de los elementos que más claramente definen a los movimientos. El planteo de las organizaciones se asienta en que en esta etapa de avance popular no sirve quedar fuera del Estado, sino que interesa ir adentro para explotar las posibilidades que abre la gestión. La idea del “Estado neoliberal enemigo” queda al margen para reconocer que la actual direccionalidad del Estado va de la mano de los intereses populares y la mejor forma de canalizarlos es a través de la participación en esas estructuras.

Esta concepción refleja la noción de un Estado permeable al que consideran que pueden integrar. Un indicador de ello es el lugar que ocuparon en la estructura del Estado provincial de la gestión de Solá, donde por ejemplo el referente del movimiento Evita tuvo el cargo de Vice Jefe de Gabinete.

De esta manera, aparece con fuerza la idea de introducir el conflicto social en las estructuras estatales. En este punto se puede observar el cambio de visión con respecto a los anteriores gobiernos de Argentina. La idea de introducir el conflicto en el Estado sólo es posible a partir de una lectura clara que en esta etapa el gobierno es afín a los objetivos del movimiento.

Retomando algunos elementos teóricos desarrollados al comienzo se observó una desarticulación (Laclau, 2005) central en el discurso de los movimientos. Esta está relacionada con la idea y significación que el Estado tenía en las organizaciones. El significante Estado aparecía ligado a neoliberalismo y a opresión de clases dominantes en lo que, siguiendo al autor, habría constituido una cadena equivalencial durante el período previo a 2003. Esta ruptura de significantes ligados en un momento se rearticula dando lugar a una nueva articulación centrada ya en la idea de un Estado como espacio de posibles transformaciones.

Reflexiones finales

En el comienzo del trabajo planteamos una serie de cuestionamientos a algunos estudios sobre la dinámica de los movimientos sociales en la etapa posterior al 2003. Allí encontramos explicaciones del posicionamiento de las organizaciones nacional populares a partir de la hipótesis de la cooptación en dos versiones. La primera más extrema que habla de cooptación lisa y llanamente y una segunda que tiene como base el mismo supuesto pero no es tan tajante en su formulación. Ambas comparten la limitación de ver un actor pasivo en los movimientos sociales insertos en el kirchnerismo. De esta forma o fueron cooptados o

manipulados por el Estado. Además de la pasividad que supone este enfoque también es una mirada “desde arriba” del proceso político abierto en 2003. Además existiría una suerte de reemplazo de la idea del clientelismo del PJ al clientelismo de las organizaciones sociales. Por ello se planteó como objetivo recuperar las percepciones de los actores sociales para analizar cómo, desde su perspectiva, se representan el clientelismo.

En la presentación se analizó la categoría de clientelismo en la voz de los actores sociales. Se pudo observar entonces dos acepciones claramente explicitadas. La primera, tiene que ver con el clientelismo como práctica que desde los movimientos se pretende erradicar y como categoría de acusación política hacia otros sectores políticos. La segunda, en tanto, aparece ligada a la tensión que se da entre los objetivos de corto y largo plazo en las organizaciones.

En el caso de la segunda concepción, el clientelismo como concepto ligado a manipulación de los sectores vulnerables, es puesto en cuestión por una idea más ligada a redes y estructuras que desde los sectores populares se construyeron históricamente para la consecución de recursos materiales. A partir de allí, esas redes son visualizadas como espacios que promueven alguna forma de participación de los excluidos.

También aparece una nueva interpretación y representación de lo que es el Estado y sus obligaciones y posibilidades. El Estado que aparecía ligado a neoliberalismo y a opresión de clases dominantes se rearticula en una representación centrada ya en la idea de un Estado como espacio de posibles transformaciones.

En esta nueva etapa la idea del Estado aparece como un elemento central que implica la acción colectiva y el compromiso de las organizaciones. Este representa una lucha más amplia que engloba la de los derechos humanos, la reconstrucción del Estado, la lucha contra el neoliberalismo, el retorno del peronismo a su lugar de movimiento nacional popular que enfrenta a las fuerzas reaccionarias (incluso las del propio partido), que permite una articulación política que refunda la identidad del movimiento enlazando su tradición nacional y popular y articulándola con una forma de construir lo que para la organización es el kirchnerismo.

Bibliografía:

- Arroyo, Daniel (2001), “Políticas sociales municipales y modelos de planificación en la Argentina” en Burín, David y Heras, Ana Inés (comps) *Desarrollo Local. Una respuesta a escala humana a la globalización*, Buenos Aires, CICCUS-La Crujía.
- Bourdieu, Pierre (1985), "Espacio social y génesis de las 'clases'", *Espacios*, N° 2, Bs As.
- Cardarelli, Graciela, y Rosesensfeld, Mónica (1998), *Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales*, Buenos Aires, Paidós.
- Cunill Grau, Nuria (1991), *Participación Ciudadana. Dilemas y perspectivas para la democratización de los Estados latinoamericanos*, Caracas, Centro Latinoamericano para el desarrollo (CLAD).
- Jodelet, Denise (1989), “Representations sociales: un domaine en expansion“ en Jodelet, Denise *Les representations sociales* , Presses Universitaires de France.
- Laclau, Ernesto (2005) *La razón populista*. FCE, Buenos Aires
- Laplacette, Graciela y Sotelo, Romelia (2000), Actitudes y creencias sobre la sexualidad y el SIDA, en AAVV *La Salud en crisis*, Editorial Dunken.
- Massetti, Astor. “Piqueteros eran los de antes: Sobre las transformaciones en la protesta piquetera”. En *Revista Lavboratorio online*, Año VII, Otoño/ Invierno 2006.
- Merklen, Denis (2005), *Pobres ciudadanos: las clases populares en la era democrática 1983-2003*, Buenos Aires, Gorla.
- Noel, Gabriel (2006), “La mano invisible. Clientelismo y prácticas en sectores populares en la era de las ONG”. En Míguez Daniel y Semán Pablo (editores) *Entre santos, cumbias y piquete. Las culturas populares en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Ruiz, Violeta (2004), *Organizaciones comunitarias y gestión asociada. Una estrategia para el desarrollo de ciudadanía emancipada*, Buenos Aires, Paidós.
- Sirvent, María Teresa (1999), *Cultura Popular y participación social. Una investigación en el barrio de Mataderos*, Buenos Aires, UBA-Miño y Dávila Editores.
- Soprano, Germán (2003), “A favor de una etnografía sobre el clientelismo político y peronismo”, *Desarrollo económico*, vol 42. N° 167
- Tecco, Claudio (1997), “El gobierno municipal como promotor del desarrollo local-regional” en García Delgado Daniel, (comp.), *Hacia un nuevo modelo de gestión local*, Buenos Aires, FLACSO.